

## JUAN LLAMBÍAS DE AZEVEDO. A SU MEMORIA

*Angelita Parodi de Fierro*

Este homenaje se inscribe en el propósito de la Academia Nacional de Letras de contribuir a mantener vivo el recuerdo de destacadas figuras de nuestra cultura, figuras que la a menudo ingrata memoria colectiva tiende a opacar y a dejar que vayan desvaneciéndose con el paso de las generaciones. La de Juan Llambías de Azevedo fue descollante en las dos vías por las que transcurrió su vocación: la del Derecho y la de la Filosofía, y especialmente en una docencia sostenida y luminosa tanto en su actuación en la cátedra de Filosofía del Derecho como en las clases de Filosofía en la enseñanza media y en la normalista así como en la superior de la Facultad de Humanidades y Ciencias, en la que además de sus cursos de Filosofía Práctica fue el primer director del Instituto de Filosofía y fundó y dirigió los Cuadernos Uruguayos destinados a esta disciplina.

A un siglo de su nacimiento, se erige en nuestro recuerdo como un ser pensante en profundidad, ejemplarmente culto, amante de aquellos valores que la cultura greco-latina y europea depositara en nuestras aulas por intermedio de preclaros docentes como él, que los vivieron como sangre y carne propios y que nunca serán desterrados del alma de quienes los sorbíamos como de un cáliz sagrado, porque formaron parte de una adolescencia feliz, feliz en la medida en que nos sentíamos privilegiados de acceder al legado de los grandes pensadores a través de las clases magistrales de esos difusores de cultura que fueron varios de nuestros profesores.

No fui alumna de Juan Llambías, pero pude apreciar su señorío y a la vez su amable y respetuoso gesto en las pocas oportunidades en que, ya provista de mi título de Profesora de Filosofía, hube de integrar algún tribunal de exámenes de Preparatorios presidido por él. Y no dejé de lamentar que en mi formación como docente haya faltado su magisterio, como otro puntal entre los que nos proporcionaron los excelentes profesores con quienes contó nuestro Instituto de Profesores “Artigas”.

Testimonios abundan a su favor de quienes lo conocieron en el aula o en el trato personal, como el expuesto por el secretario de la Academia, maestro Héctor Balsas, o el de una docente de Filosofía del Instituto Normal de Maldonado, quien manifiesta que su presencia y su palabra en ocasiones de visitas al Instituto, inspiraban a la vez respeto y confianza, pues sabía generosamente tender puentes de relación entre él

y sus oyentes; una inspectora de Primaria, ya jubilada, ex-alumna suya en los Institutos Normales recuerda su dulzura de trato y la claridad de sus exposiciones, compatibles con esa discreta distancia que requiere todo acto verdaderamente pedagógico; y una niña, hoy una escritora dramática, que lo veía cuando él iba a la imprenta de sus padres a corregir las pruebas de algunos de sus ensayos, se encantaba con su trato, su sonrisa, sus gestos, y, al nombrarlo y ocasionalmente exclamó: ¡Ah, Llambías! ¡Ese era un hombre a quien le cabía propiamente la palabra “bonhomía”! Ya en los cursos de bachillerato, usando el Manual de Metafísica se preguntaba: ¿Cómo puede no entenderse cualquiera de los temas aquí tratados, si están expuestos con tanta claridad?

Su formación como docente de Filosofía, adquirida por una dedicación personal y rigurosa, de libre elección, con recurso a las fuentes, fue enriquecida por los viajes a Europa, con visitas, entre 1954 y 1955 a los seminarios de Filosofía de Alemania dictados en seis ciudades alemanas con una duración entre 15 y 30 días cada uno, a los que concurrió ininterrumpidamente, así como en París, desde diciembre de 1955 a abril de 1956, en la Facultad de Letras, la Escuela Práctica de Altos Estudios y la Escuela Normal Superior. Tales cursos y seminarios le inspiraron los que habría de implantar en la Facultad de Humanidades y Ciencias. Veintiún nombres de filósofos y profesores que dirigieran los seminarios de Alemania y trece de los que estuvieron al frente de los de París son proporcionados en el “Informe sobre los seminarios de Filosofía en Alemania y en París”, publicado en la *Revista de la Facultad de Humanidades y Ciencias*, N° 14, año 1955. Muchos de esos nombres, alemanes y franceses traspasaron fronteras continentales, y en nuestra preparación como docentes de Filosofía tuvimos sus obras en nuestras manos y ante nuestros ojos como guías invalorable de nuestra formación.

En Heidelberg el Dr. Llambías entabló una profunda amistad con Hans Georg Gadamer con quien mantuvo correspondencia hasta su demasiado temprano deceso en 1972. - Gadamer fallecería en el año 2002 con 102 años de edad -. Sería deseable se tradujera por lo menos parte de esa correspondencia escrita en alemán y se publicara.

También en Heidelberg tuvo un encuentro con Heidegger, sobre quien Llambías había escrito un breve ensayo, que después de haber sido publicado en 1950 en Alemania y en Argentina, fue reeditado por el Instituto de Filosofía de la Facultad de Humanidades con el título *El antiguo y el nuevo Heidegger y un diálogo con él*, 1958. Del ensayo se destaca la postura crítica que adopta Llambías respecto de lo que considera ambigüedad del filósofo alemán, que dificulta la comprensión

cabal de su obra mayor *Ser y Tiempo*, y que obras posteriores confirman. El diálogo es el encuentro de dos seres pensantes, uno ya en la cima de su fama como figura máxima de las llamadas filosofías de la existencia – calificación que Heidegger rechazaba por considerar la suya una filosofía del Ser – y el otro, como un lúcido y fino investigador de los temas filosóficos, provisto de la dosis de admiración y de respeto hacia las grandes figuras del pensamiento y, a la vez, de un sentido crítico, propio de la independencia de su espíritu. Diálogo fructífero seguramente para ambos, aunque las dudas no hayan obtenido respuestas totalmente esclarecedoras y compartibles, pero que dejó en el más joven la pena de no poder asistir a un seminario de aquél a quien reconociera la intensidad de su vocación de “maestro” atestiguada por la devoción de sus discípulos. Heidegger anunciaba su retiro temporario de la Universidad de Freiburg en esos días, frustrando así lo que “podría haber sido la mejor de mis experiencias”, dice, pese a las posiciones disímiles de ambos pero coincidentes en la vocación magisterial.

No nos ha dejado una concepción filosófica sistemática propia, pero su filosofía puede ser entresacada de sus numerosos escritos, desde los dedicados a Aristóteles, a Pascal, a la fenomenología de Husserl, a su estudio sobre Max Scheler reconocido como uno de los más importantes escritos sobre este filósofo, al existencialismo y los valores, etc., hasta Vaz Ferreira. Yo selecciono no más de tres que me permitirán seguir una línea de su pensamiento fundamentalmente importante para él.

En *Notas sobre situación y decisión* (1959) destaca, siguiendo a Sören Kierkegaard, la existencia de un tipo de decisión en la que “la situación se integra con un obstáculo grande que se atraviesa ante el proyecto y que la decisión ha de superar. Así, la disipación del puro erotismo para la decisión al matrimonio, la vida pagana de la cristiandad para la decisión al cristianismo. Entonces, la decisión es un salto que conduce a una situación completamente nueva, una creación que remueve las bases de la existencia anterior.” Este tipo de decisión postula la libertad del “yo mismo”. No depende de la situación sino que, por un acto individual y único, ella irrumpe en la situación creando historia.

La libertad, entonces, es una potencia activa del “yo mismo” con la cual éste puede transformar el mundo.

Llambías señala como méritos indiscutibles de los filósofos de la existencia, de Kierkegaard a Sartre, este concepto de la libertad, el llamado al hombre para que emplee su poder, el recuerdo de su plena responsabilidad, la denuncia como mala fe de toda excusa determinista. Pero formula su crítica a los aspectos más significativos de las respectivas

aseveraciones de algunos de estos filósofos. El que el acto decidido sea mío y manifieste mi libertad no le confiere justificación moral. Aquí está el punto más decisivo de la crítica de Llambrías. La libertad más absoluta enunciada por Sartre no actúa, aún en el plano más fuerte de aquella decisión existencial, guiándose por valores antecedentes como lo bueno y lo malo, porque los valores morales los crea el hombre en cuanto elige desde su libertad: bueno es lo que he decidido porque lo he elegido libremente, dice Sartre. Llambrías muestra el equívoco de esta concepción, por cuanto al mismo tiempo que desconoce la trascendencia de tales valores sostiene la responsabilidad del hombre en su decisión, confundiendo responsabilidad con imputabilidad. La responsabilidad no consiste sólo en que el hombre es autor de su decisión, imputable por ella, sino que debe responder por ella; la responsabilidad es siempre responsabilidad “ante...” ¿ante quién? La respuesta dependerá de una decisión más personal en la que al elegir elijo ser “yo mismo”, decido sobre mí mismo y sobre mi destino. “Toda decisión, termina diciendo, supone una decisión trascendente, que corresponde a nuestra situación originaria en el mundo... Y, en el fondo, la decisión trascendente del hombre es una sola y no tiene más que una opción: o por el más acá o por el más allá, o por la Trascendencia o contra ella. Esta decisión originaria...orienta a todas las otras, y de ella depende que los conflictos se resuelvan o se endurezcan para siempre.”

Con esto ya podemos ver cuál ha sido la decisión originaria de Juan Llambrías de Azevedo: una clara opción por la Trascendencia, que es lo mismo que decir por la fe en Dios, por una profunda religiosidad.

Sören Kierkegaard, en su obra *Temor y Temblor*, en el capítulo titulado Problemata- Efusión inicial se pregunta por el “caballero de la fe”, y dice no haber encontrado ningún ejemplar auténtico en sus observaciones, pero que puede representárselo muy bien. Lo describe como un hombre en el cual no hay ningún intersticio a través del cual salga la infinitud, una mirada, un aire de melancolía, una sonrisa que, por irreductible a lo finito, delate lo infinito. Como un hombre corriente, de un solo bloque, de conducta firme, íntegramente dedicado a lo finito; pertenece completamente a este mundo, se interesa por todo, se alegra por todo, y cuando se le ve intervenir en algo lo hace con una perseverancia característica del hombre terrestre cuyo espíritu está atado a estos intereses. Está realmente dedicado a lo que hace, prosigue Kierkegaard, señalando a la vez la meticulosidad de su dedicación. Celebra los domingos y va a la iglesia, prosigue. Y lo imagina volviendo al caer el sol pensando que tal vez su esposa le ha preparado un plato caliente, algo especial, que, si se da la casualidad, disfrutará con un

apetito que ni Esaú...; pero si ella no ha hecho ese plato, conservará el mismo humor. Si se acoda en la ventana a mirar su entorno todo le interesa: los niños que juegan, una rata escabulléndose bajo una canaleta... y tiene ante las cosas la tranquilidad de alma de una jovencita de dieciséis años. Pero ese hombre también ha experimentado el dolor de la renuncia a aquello que más ama en el mundo y “se ha resignado infinitamente a todo para recuperarlo todo en virtud de lo absurdo”; constantemente realiza el movimiento del infinito, con una precisión y una seguridad tales que obtiene sin cesar lo finito sin que se sospeche la existencia de otra cosa; ha dado el salto a lo infinito como un bailarín a quien no le falta altura, para volver a caer y expresar el sublime impulso en el curso terreno, transformando el salto en marcha hacia la vida, prodigio del que solo el caballero de la fe es capaz.

He seleccionado, en esta síntesis de las hermosas páginas kierkegaardianas dedicadas al caballero de la fe –hay muchas más - algunos de los rasgos que pueden aplicarse al Dr. Llambías, pero hay otros que difieren. La descripción exterior del caballero imaginario que puede tener todo el aspecto de un recaudador está lejos de la prestancia, de la distinción de un hombre como Llambías, que incluso exteriormente revelaba la posesión de una cultura superior, y la fineza del espíritu, lejos de lo vulgar.

Margarita Llambías, no obstante, nos ha dicho que no era un intelectual típico: que era gran amante de los caballos y del campo, que gustaba de nadar y cabalgar, que era un gran bailarín de tango y disfrutaba de las reuniones sociales, del baile, la música y el teatro. Y en esto sí responde a la descripción de Kierkegaard, porque él también, en el estudio, en el trabajo, en la vida de familia junto a su esposa y a sus hijas, en el gusto por todo lo que en lo terreno se le asignaba como responsabilidades y en lo que se le ofrecía como disfrute compartido, vivía la aceptación confiada de su destino, que, según lo sentía, le había sido señalado por un poder superior.

Pero una diferencia más profunda se da en que es la suya una religiosidad que no opta por la fe en base a la paradoja kierkegaardiana: creer porque es absurdo, sino por “la intuición ideatoria e inferencias racionales”, que es como debe retomar la filosofía los problemas del sentido de la vida y los de la trascendencia y la immanencia, según lo dirá en su discurso de ingreso a la Academia. La razón tal vez no pueda demostrar la existencia de Dios, pero podrá destruir todo intento de probar su no existencia., como él lo hace en su ensayo *Sobre el argumento de Sartre contra la existencia de Dios*.

En este ensayo de 1967 (*Revista Stromata* de la Facultad de Filosofía y Teología San Miguel, República Argentina) no trata de demostrar la existencia de Dios. Analiza comparativamente la concepción que Sartre tiene de la idea de Dios, -un ente que uniría dos caracteres contradictorios, el en-sí pleno sin lugar para la nada, y el para-sí, separado de sí mismo por la nada, lo que hace contradictorio su concepto y por lo tanto imposible su existencia- con la concepción de los grandes teístas que lo conciben con atributos que excluyen que haya no-ser o nada en él, coincidiendo todos al menos en dos atributos: plenitud y simplicidad. Omite toda la argumentación y el fino análisis que hace Llambías de ambas ideas, para destacar solo la conclusión a que llega: "...lo que Sartre ha demostrado no es la imposibilidad de Dios, del Dios que corresponde al concepto teísta del mismo, sino de un ente que corresponde al concepto sartriano de un dios. Y a éste – es justo reconocerlo – lo ha refutado impecablemente. Pero el Dios del teísmo no ha sido refutado" Y termina este breve y riguroso ensayo con estas palabras de Voltaire: "Habría que buscar en otra parte una prueba demostrativa de que Dios no existe; y es seguramente lo que nadie ha encontrado ni encontrará".-

Esta Academia, valorando sus méritos y su prestigio decidió incorporarlo a su membresía el 1º de julio de 1966.

Al tomar posesión, en ceremonia pública, de su designación el 19 de agosto del mismo año, hubo de comenzar su disertación, tal como es de estilo, con palabras de encomio a quien le precediera en el sillón que se le destinara: el Doctor Daniel Castellanos. En la síntesis que realizara de la trayectoria de Castellanos elogió su decisión de cultivar los estudios greco-latinos, considerando su actitud como "un alto ejemplo digno de ser imitado en nuestro medio en el que esos estudios han sido descuidados, a pesar de ser universalmente reconocidos como un factor decisivo en la formación de la personalidad". Él mismo los cultivó con profundidad y se me ocurre con verdadera fruición, así como el estudio de las lenguas extranjeras de las que llegó a dominar ocho, entre ellas griego y latín, y los resultados se advierten en sus obras y en esa personalidad en la que el espíritu humanista –como él lo llama- propio de esos estudios, se manifestó en la forja de una cultura sólida y profunda, -también según sus palabras- que atribuida por él a Castellanos, le cabe a él mismo como destacadísimo ejemplar. Y constituyó, indudablemente, una razón de legítimo orgullo, que no es lo mismo que soberbia. Y como testimonio de esto leo lo que dice después de aludir en su discurso a múltiples distinciones y condecoraciones recibidas por Castellanos de los más destacados institutos intelectuales

nacionales y extranjeros: “Pero yo sospecho que Castellanos sentirá como nosotros, que los altos cargos significan lo que representamos, mientras que nuestras obras, lo que somos, y que las más merecidas condecoraciones son esas nuestras obras que, después de una fecunda vida, cuando echamos una mirada hacia nosotros mismos, encontramos sobre nuestro pecho sin que ninguna mano ajena las haya colocado allí.”

El discurso lleva por título: “La misión de la filosofía en una época dominada por la ciencia y por la técnica”. Como fue publicado en el *Boletín de la Academia Nacional de Letras*, Tomo I, N° 1, junio de 1969, y hay apartados, puedo permitirme mutilar su texto, debido a las tiranías del tiempo, y seleccionar ideas imprescindibles. Ante la pregunta de si la filosofía tiene aun una tarea que cumplir ante el desarrollo inconmensurable de la ciencia y de la técnica, reconoce que ese desarrollo, así como la integración de ellas en la sociedad total es ya imprescindible para la subsistencia de la humanidad, lo cual crea exigencias a la sociedad en cuanto a proporcionar recursos para la investigación y obligaciones de los investigadores entre los cuales, conocer toda la ciencia y no solo una parte (deber de cultura, diría Vaz Ferreira). Pero ante la convicción de que ciencia y técnica resolverán todos los problemas del hombre -o que podrán destruir no sólo al hombre sino a todo ser viviente en la tierra, mostrará que padecen de ambigüedades en cuanto sus productos pueden ponerse al servicio del bien o al del mal, y que es de la conciencia humana que depende que las decisiones tomadas en total libertad sirvan a fines buenos o malos. Esto abre el camino a la problemática axiológica, la que depende, nos dice, de la fina intuición de los valores. Ciencia y técnica son, así trascendidas por la Filosofía. Las preguntas por el valor de la ciencia y de la técnica no pueden ser resueltas por la ciencia misma; sólo la filosofía puede hacerlo. Como es la única que puede responder al problema del sentido de la existencia, y a preguntas que llevan desde la de ¿quién soy yo?, pasando por la de ¿qué es el hombre?, y por la del todo, el cosmos, en que el hombre está asentado, a la fundamental de la Metafísica ¿por qué hay algo y no más bien nada?, de cuya respuesta dependen las de los otros problemas.

Luego de aludir a la necesidad de que la filosofía retome estos problemas y los elabore e indique su solución basada en los datos de la intuición ideatoria y en inferencias racionales, nos dice que justificándose a sí misma, autentica las credenciales de la ciencia y de la religión. “Es el saber fundamentante sin más”. Y en su tarea tradicional de orientar al hombre en el universo y dar sentido a la vida, tiene una misión perenne e irrenunciable.

“Se ha dicho que la Filosofía entierra a los que quieren enterrarla, expresa ¿Será esto una exageración? Por mi parte estoy convencido de que si la Filosofía fuera enterrada un día, la humanidad sería enterrada con ella.”

A partir de su ingreso a la Academia, asumió Llambías su nueva responsabilidad con la dedicación, el rigor y la meticulosidad que puso en las otras obligaciones asumidas. Y es así como, en momentos en que la Academia se encontraba debilitada y como enclavada en el siglo XIX, acompañado por otros académicos, logró encauzarla e introducirla en el siglo XX, reavivando su funcionamiento.

Aun habría de ofrecer al estudiantado del bachillerato su excelente *Manual de Metafísica*, que es tal vez no solo guía sino también un testamento pedagógico, que publicado en 1971, tiene esta dedicatoria: “A la memoria de mi mujer”; su mujer, quien falleciera en octubre de 1970 y a cuyo deceso no tardaría en seguir el suyo en mayo de 1972.

Vaya nuestro homenaje al filósofo, al jurista, al humanista e independientemente de postura religiosa o agnóstica alguna de quienes le homenajeamos, al “caballero de la fe”.